

# Fragilidad

escrito por Catalina Franco R.

*“¡Si todo fuera tan sencillo! ¡Si se tratara simplemente de unos hombres siniestros en un lugar concreto que perpetrar con perfidia sus malas acciones! ¡Si bastara con separarlos del resto y destruirlos! Pero la línea que separa el bien del mal atraviesa el corazón de cada persona. ¿Y quién destruiría un pedazo de su propio corazón?”*

*Archipiélago Gulag. Aleksandr Solzhenitsyn.*

Hace poco escribí sobre cómo nos condenamos a la guerra al obligar a la violencia a las nuevas generaciones. Les conté mi experiencia en Israel viendo el adoctrinamiento de los jóvenes a partir de su historia y en contra de un enemigo al que deberían odiar y estar dispuestos a matar, y sobre la angustia de las familias ucranianas que hoy se separan, forzando a los hombres a abrazar armas que probablemente nunca hubieran tocado por voluntad.

Algo que viví en un museo en Vietnam contrasta con esa visión desesperanzadora: un estadounidense cargaba a su niña mostrándole fotos de vietnamitas enfermos y con malformaciones causadas por el Agente Naranja, ese químico que, ante una selva indomable, utilizó Estados Unidos contra un pueblo al que subestimó, y al mismo tiempo contra la naturaleza y las generaciones por venir.

El padre, en vez de inculcarle odio a su hija o educarla para la venganza a partir de la humillación en esa guerra perdida, le enseñaba sobre los errores y el sufrimiento ocasionado por su país, y sobre sus consecuencias en el presente. La llevó hasta allí para mostrárselo mirando a los ojos a esos vietnamitas sonrientes que, en medio del hambre y levantando familias con niños afectados tardíamente por el conflicto, insistían en que todos, incluidos esos norteamericanos que habían herido su destino, eran bienvenidos en su nación para ayudarlos a progresar desde el turismo.

Creo que ese hombre valiente le hablaba a su niña sobre la fragilidad —la de todos—, sobre los grises de la vida, que no se divide en buenos y

malos, sino que se transforma constantemente desde cada corazón y con base en circunstancias. Le mostraba rostros y escenas que no pudiera olvidar para que aprendiera a dudar y a no asumir a algunos como 'los buenos'. La adentraba en la profundidad y la tangibilidad del dolor ajeno, en la humanidad de rasgos y territorios distintos a los suyos, en la compasión como base para la vida y la paz.

“Y nos detenemos pasmados ante el foso al que nos disponemos a empujar a nuestros perseguidores, porque en realidad si los verdugos fueron ellos y no nosotros, ello se debió tan solo a las circunstancias”, dice Aleksandr Solzhenitsyn en *Archipiélago Gulag*.

Que tus hijos no formen su cerebro y su corazón en la narrativa del odio y el desprecio al diferente. Que no te sientan hablar con superioridad y construir una vida basada en la defensa y el miedo, en cómo vencer enemigos, en lo que le harás a quien te hizo daño, en etiquetas para descalificar al otro. Que no te oigan mencionar nacionalidades o colores de piel para referirte al criminal ni calificar de hijo de puta a quien comete un error o actúa con torpeza por alguna razón. Ese es el primer escalón para que un niño fortalezca en su interior el relato de buenos y malos o mejores y peores hasta lanzar el puño o empuñar el arma, garantizando un futuro polarizado y violento que ya sabemos que no va nada bien.

Dice Michael Herr en *Despachos de guerra* que “muchos hombres conocieron la compasión en la guerra, y algunos la conocieron y no pudieron vivir con ella”. La compasión, el acercarse y ponerse en los zapatos del otro para reconocer su dolor desde la propia fragilidad, es el tipo de valentía en la que debemos formar a quienes apenas moldean su visión de la existencia. Cuando el alma se aferra a ella es casi imposible desligarlas, se va por buen camino, así duela más. Me entenderán quienes sufren en silencio en una mesa cuando sus acompañantes maltratan a quien los atiende en las formas más sutiles y desgarradoras, probablemente sin siquiera darse cuenta. No saben la brecha humana que abren cada vez.

El fin de semana lastimé a una libélula accidentalmente. Cayó al piso y vi que tenía el alita doblada. Temblorosa, la recogí con la delicadeza que

pude para intentar ayudarla, pero la vi doblarse, mirándome, hasta que no se movió más. Entre lágrimas y en voz alta le pedí perdón por mi torpeza ante su fragilidad, a ella, que había confiado al posarse en mí.

“...pero olvidamos que la vida, aquí y en todas partes, es un lujo, y que en ningún lugar hay una tierra lo bastante profunda para sustentar a los hombres”, dice Antoine de Saint-Exupéry en *Tierra de hombres*.

La compasión empieza porque duelan todas las vidas. Ante la fragilidad, delicadeza. Cuidar cada corazón, en donde está esa línea que separa el bien del mal.